

DEL BOULEVARD.--SIGUIENDO AL MUERTO



Los entierros parisienses tienen una solemnidad grandiosa. Todo ciudadano que se encuentra en posesión de una levita y una chistera que aun causan la admiración de los vecinos aprovecha el primer entierro de trono que se anuncia para encasquetarse las referidas prendas y decir a la familia: "¡Vaya! voy a formar parte del cortejo de ese sabio que descubrió la forma de hacer pastillas de agua de seltz, porque quiero aparecer en las películas de los cinematógrafos."

Efectivamente; el que pudiéramos llamar "aficionado V." apenas ve manobrar al operador del cine, adopta un aire afligido, hace como que se limpia una lágrima y lleva a todos los que lo ven la convicción de que era un íntimo amigo del difunto, no faltando quien se acerque a él y le diga:

—¡Valor!

—¿Es que va usted a disparar alguna arma?

—No, por Dios; quiero decir que tenga ánimo para soportar tan dura prueba. ¡El pobre Dyuret...!

—No; si yo no le conocía. He venido porque el médico me ha recomendado que haga ejercicio después de comer, y, como me aburre pasear solo, prefiero venir aquí.

Dicho esto, se coloca, muy serio, cerca de la presidencia, y va caminando así por los grandes bulevares, causando la admiración del público que presencia el paso del cortejo.

—¡Calle! A ese señor de la perilla le he visto ya en otros entierros.

—Debe ser persona muy bien relacionada.

—O de la funeraria.

El caso es que el aparato con que aquí se entierra a la gente incita a los amigos de la exhibición; porque ¿quién no aprovecha una coyuntura como ésta para codearse con personajes, oír discursos y tomar un poquito de sol?

Hay quien, apenas se entera de la gravedad de algún ciudadano de los que han de tener entierro solemne, no se aparta de la casa del enfermo, y cada cinco minutos pregunta a la portera:

—La verdad, ¿cómo sigue ese pobre señor?

—Gravísimo. Ahora acaba de bajar la criada y me ha dicho que ha llamado antipática a su mujer. ¡Es que delira!

—Quizá quiera despedirse de la vida revelando un secreto que tuviera guardado desde hace muchos años. Volveré dentro de un cuarto de hora; y si mientras tanto falleciese, hágame favor de avisarme en el café de la esquina.

—¿Va usted allí a ocultar su pena?

—No; por ahora, voy a tomar un aperitivo.

Aquí no es como en España, que, cuando muere alguien, los amigos del difunto se limitan a decir: "Vaya, ya desapareció el pobre Cadórniga. ¡Era un pelmazo!"

—Era buena persona.

—Mejor que el flan de vainilla; pero no servía para las juergas fuera de puertas. La última vez que comimos en la Bombilla nos pusimos a discutir si Joselillo el Gallo valía más que Sánchez Guerra, y me tiró a la cabeza un plato de Paella. ¡Dios le haya perdonado...!

Aquí no ocurre nada de eso. Aquí, los amigos se ponen unas levitas muy largas, una camisa limpia, y se disputan el honor de pronunciar discursos ensalzando las buenas cualidades del que acaba de desaparecer.

—¡Ah señores! ¡Qué ciudadano pierde la Patria y qué gran parroquiano los cafés del bulevar! Hombre celoso en el cumplimiento de su deber, había sabido hermanar el fiel cumplimiento de los actos más respetables con el blocks de cerveza rubia. El amigo que hoy desaparece no

era nombre digno de vivir entre mortales sino entre seres superiores. ¡Qué dignidad de carácter! ¡Qué firmeza de convicciones! ¡Qué calor hace en este cementerio!

Así, por el estilo, el encargado del discurso póstumo larga una serie de majaderías que, si pudiera oírlas el celebrado, seguramente se levantaba y decía: "Pero a usted, ¿quién le mete en esto? Ni usted ha sido amigo mío, ni me ha visto jamás, ni aspira a otra cosa que a salir en los periódicos."

Una vez cumplida su misión, el orador se retira emocionado, y los demás concurrentes comienzan a felicitarle. No falta más sino que aplaudan y pidan bis.

—¡Admirable! ¡Ha hecho usted un magnífico elogio del pobre Poivre!

—¡Oh! No tiene importancia. Tengo ya costumbre.

Luego, este señor se retira satisfecho a su casa y entra en ella gozoso.

—¡Ea! A comer en seguida, que a las nueve empieza la revista *Bataclan*.

—¿Qué tal ha estado eso?

—Muy bien. Mi discurso ha gustado tanto, que estoy seguro de que en cuanto muera otro individuo de la familia me piden que hable también.

—¿Tú querías mucho al difunto?

—¿Yo? ¡Si no le he visto en mi vida! Es que los periódicos dan cuenta de los discursos: me llaman elocuente, y esto siempre da importancia.

En fin; que a los profesionales de entierros sólo les falta anunciarse y poner en la puerta de su casa una placa indicando las horas de oficina y su especialidad en encargos de semejante género.

Y vean ustedes cómo una cosa que debe ser completamente seria no hay más remedio que tomarla a chirligota.